

Acaso Lagos Lisboa no haya pensado jamás que su obra alcanzara una tan alta categoría de belleza espiritual, de acento de poesía pura. Decimos esto último porque en realidad los sonetos de esta obra no valen sólo por la forma que los reviste, ya que el hálito de la belleza que atesoran es mucho más poderoso que la mera fuerza exterior.

Continúa este libro la noble tarea que tuvo comienzo en los poemas de «Yo iba solo...». Y que se acrecentó con gallardía y belleza en las páginas de «Tiempo Ausente». Ahora es la «pequeña lumbre» encendida junto al espíritu como una estrella milagrosa «la pequeña lumbre» que tiene más poder de iluminar que esas falsas fogatas del vanguardismo. La serena medida del canto, la elegancia parnasiana de la forma, la hondura del pensamiento, La renovada emoción que se derrama en cada verso, son signos muy consoladores que nos están diciendo que hay en este libro poesía que es oro y agua de vertiente: nos enriquece el espíritu y extingue la sed, ya tan inclemente bajo soles de prepotencias intelectuales desorbitadas. CARLOS RENÉ CORREA.



<https://doi.org/10.29393/At249-99SCJE10099>

LAS SABROSAS CONFIDENCIAS DE BENEDICTO CHUAQUI. por
Januario Espinosa

Repitió Cervantes en el Quijote la creencia vulgar sobre que «nunca segundas partes fueron buenas». Pero él probó lo contrario en su famosa obra. Igualmente y en forma muy precisa, Benedicto Chuaqui, desmiente la vieja afirmación en su reciente libro «Imágenes y Confidencias». En «Memorias de un emigrante» interesó profundamente al lector con la narración de costumbres exóticas, cuáles son las de Siria, su patria; pero la frase carecía de suficiente vibración, de esas galas brillantes de estilo que solemos encontrar en libros de esta clase; que no

había logrado desprenderse todavía de esos lugares comunes que se enredan en la pluma como entre las mieses la mala yerba; no mostraba en total esa armonía que comunica cierta liviandad a la lectura; caía a veces en una lentitud propia de los grandes novelistas del pasado siglo, ya un poco a trasmano.

Solamente en el último capítulo el relato tomaba una amenidad singular, porque el autor dejaba libre vuelo a sus sorprendentes condiciones de humorista. Es que a sus personajes de Siria los había tomado demasiado en serio, por lo que su tono se hizo grave; a los que fué encontrando por acá, tanto sus paisanos como entre los chilenos, les proyectó una luz más fuerte, que ponía en mayor relieve sus detalles cómicos.

Estas cualidades de humorista que Chuaqui posee como un don del cielo, se ven aumentadas y agudizadas en esta la segunda parte de sus recuerdos. Las incidencias de sus viajes de vendedor viajero por las provincias del sur, especialmente por Valdivia, Llanquihue y Chiloé las refiere en forma deliciosa, y con una espontaneidad que nos seduce. Puede caer a veces en la caricatura, tal vez algunas escenas tengan la crudeza de una novela naturalista, pero la impresión general que nos deja es que estamos en presencia de un novelista cuya vocación para el género es indiscutible. Tanto es así que es diestro en pasar de lo festivo a la ternura, de lo que provoca la risa a lo que conmueve.

He aquí como describe a una señorita que tuvo de secretaria en su negocio: «Me apercibí en este instante, que había algo de sargentón en ella, sin embargo era una magnífica muchacha». En la página 41 nos regocija con una de sus finas argucias de comerciante. Diez más adelante, nos muestra como van subiendo de precio las cosas al pasar de mano en mano: «Una gruesa de anillos con piedras le costaba al importador seis pesos (habla de 1920). Este la vendía al segundo intermediario en catorce pesos, y el tercero la compraba a treinta pesos. Al cliente se le vendía entonces a doce pesos la docena, o sea, a razón de ciento cuarenta y cuatro pesos la gruesa. Y esto no era nada, porque el

comerciante ambulante fijaba su puntería ¡a diez pesos cada anillo!

Un día entró a la paquetería de un paisano en Chillán, y le ofreció su mercadería en buen español. Aquel se volvió a su mujer y a sus hijos y les dijo en árabe: «¿Verdad que este idiota tiene cara de asno?». Fingió no haber entendido, y siguió ponderando los artículos que ofrecía. La mujer dijo entonces: «No es caro lo que el idiota vende; pero pídele rebaja». Los niños también ridiculizaron su persona en el idioma árabe, y no se inmutó. Sólo después que le hubieron hecho su pedido, salió y desde la puerta se despidió en el más correcto lenguaje de Mahoma. «¡Ah, le enseñaron!—dijo el padre, un hombre viejo»—«Sí, les respondió alegremente; allá en Homs todos aprendemos el árabe desde chicos. En Chillán Viejo un italiano le comunicó que había jurado no comprarle nada a ningún turco, porque había sufrido un percance con un vendedor de esa nacionalidad. Lejos de amilanarse, tendió sus muestras en el mostrador, y las ofreció a un precio sumamente rebajado.

Brillaron los ojos del digno comerciante, y cambió de parecer inmediatamente. Pero entonces Chuaqui le preguntó su nombre, y al imponerse de que se llama Giovanni Salmuretti, cerró su muestrario y dijo secamente: «Siento no venderle, porque he jurado no hacer negocios con ningún italiano».

Más adelante nos cuenta que un señor muy estirado y de apellido histórico, a quien le arrendaba una casa en Recoleta se negó a recibirlo en su morada en la calle Compañía, tratándolo de «turco indecente». Pasó un tiempo, y se encontró al mismo orgulloso señor convertido en un anciano pobremente vestido, que terminó por decirle con la mayor humildad del mundo: «Oiga paisano, ¿por qué no me arma con unos veinte pesos?».

Un día, cobrando un cheque en un Banco de Osorno, en medio de la aglomeración sintió que alguien lo tiraba con fuerza de una oreja. Se volvió irritado, y se encontró con la rubicunda y compungida cara de un alemán que se disculpó de esta manera:

«Pegdón, señog; yo creí que era un amigo mío. ¡Cagamba qué equivocación!»! Era una de las clásicas equivocaciones de don Otto.

En Chiloé fueron varias y muy divertidas sus aventuras, y sus encuentros.

Por ejemplo, navegando entre Castro y Chonchi se asombró de que un hombre corpulento, pero de pésima traza, pues vestía un traje raído y seboso y llevaba roto el calzado, le conversaba familiarmente al capitán. Al llegar al último punto, ante el mejor comercio del pueblo—tienda, almacén, mercería, etc.—preguntó por el propietario, y una señora le señaló al mismo sujeto de a bordo que descargaba personalmente una partida de sacos de harina. «Según me explicaron, termina, no se trataba de un avaro, sino simplemente de un hombre que se había formado de esa ruda manera». ¡Qué ejemplo para tantos otros que habiendo subido de pobres a ricos, se dan después más humos que un grande de España!

En resumen, pasan por este libro, que nos recuerda las mejores novelas de Baroja una gran diversidad de tipos de lo más curiosos e interesantes. Un poco tal vez de la novela picaresca. Eso no quita que los capítulos finales, en que el autor nos narra los últimos días de su primera mujer, sean de una emoción profunda.—J. E.



LUZ DE AGOSTO, por *William Faulkner*

Como desde el fondo de una realidad que ya no puede ser resistida, buscando el lenguaje del hombre para nacer, así nos llega esta Luz de Agosto, la historia de un mulato de Jefferson. Faulkner introduce el caos como un nuevo elemento. El caos de la vida misma: un desorden permanente. Todo fluye con una sorpresa natural; la angustia tiene una frescura y una diafanidad